

equilibrios que se predicán de la economía competitiva, y aun conseguirlos mejor, pues en esa economía no se darían problemas de ineficiencia, de bienes públicos, etc., que resultan ser *inherentes a la estructura de incentivos egoístas de la economía de mercado capitalista*. Tampoco se darían problemas vinculados a asimetrías informativas, de informaciones privilegiadas, retenciones o deformaciones de información, etc.: por este tipo de razones nos sigue pareciendo pertinente la

metáfora de una *casa de cristal* para referirnos a una economía eminentemente transparente.

Francisco José Martínez nos permitirá terminar esta respuesta a su interesantísima recensión con una pequeña indicación (un tanto malévolamente) del más puro estilo lukacsiano: la defensa de una racionalidad normativa puede debilitarse ocasionalmente ante el aturdimiento o el cansancio, pero jamás debería claudicar ante simples intereses de clase.

## NOTA

1. Las instituciones políticas reivindicadas por Francisco José Martínez carecen de la alquimia que permite convertir el egoísmo en altruismo: pueden llegar a fundamentar en ocasiones (y bajo ciertas condiciones) valores éticos deseables, pero la ética como tal tiene un papel insustituible y políticamente irremplazable. Por otro lado, en las organizaciones

sociales voluntarias viene a detretirse el tan apreciado por los liberales *mito* de la «autoidentidad humana» de Kotalowski, pues su misma existencia demuestra la posibilidad de que «la fuerza social [humana] no se separa ya de sí misma en la forma de fuerza política» (Marx).

## NON SEQUITUR (RESPUESTA A UNA RESPUESTA)

Francisco José Martínez

*Non sequitur*. La respuesta de los autores de *La casa de cristal* a mi crítica no es concluyente, pasa al lado de mis argumentos sin tocarlos. En primer lugar, mi apuesta por la lógica del *poder ser* frente a la del *deber ser* no es posibilista sino que plantea la necesidad ineludible de partir de lo que hay para transformarlo y para ello hay que entenderlo antes que juzgarlo y esto vale tanto para las realidades «naturales» como para las «artificiales». Por otra parte, se puede defender el individualismo metodológico sin suponer que el egoísmo humano es «absolutamente irremplazable» sino simplemente un dato

de partida que conviene tener en cuenta. Y además, se puede ser posibilista e individualista metodológico (que no es mi caso) y sin embargo no ser liberal, que por supuesto tampoco es mi caso, al menos en el sentido peyorativo y acríptico en el que los autores utilizan dicho término.

Respecto a la «elegancia» (en el sentido matemático en que se dice que la demostración de un teorema es elegante) de la solución liberal, ésta reside a mi parecer en que no necesita postular de entrada un altruismo, aunque por supuesto concede que si éste se diera la convivencia sería mejor, para obtener un tipo de convivencia

social que nadie (o casi nadie, al menos yo no) dice que sea buena, pero cuya crítica efectiva pasa por demostrar la posibilidad teórica y práctica de una alternativa *factible* mejor. Que hasta del egoísmo más violento se pueda obtener, si se encauza en instituciones apropiadas, una convivencia social, aunque sea sub-óptima, me parece una solución más potente porque exige menos condiciones que aquellas propuestas como las de Kolm, que exigen para la vida social un altruismo generalizado. Por supuesto que este sistema resolvería lo mismo que una sociedad de egoístas y muchas cosas más, pero el problema reside en que no hay problema desde el principio, porque la cuestión es cómo se obtiene el altruismo a partir del egoísmo y si se parte de éste entonces no hay problema, si se obvia claro está la cuestión de las «buenas intenciones», es decir, la posibilidad, nada despreciable por cierto, de que la suma de bienes produzca a través de su composición algunas consecuencias inconvenientes como resultados no deseados (quien quiere hacer el ángel hace el animal, como decía el clásico).

Respecto a la cuestión de la historicidad de los valores estoy de acuerdo en que la tortura es condenable en cualquier situación social ya que atenta a los valores universales de la vida y de la integridad del cuerpo humano. Respecto a la cuestión de la esclavitud el propio Marx la consideraba un avance respecto al estadio en que se ejecutaba a los prisioneros y no estoy nada seguro de que la esclavitud en Grecia fuera injusta ya que las nociones de justicia son relativas a las sociedades y, vuelvo a insistir en que sin acudir a una filosofía de la historia (idealista o materialista) que afirme que los valores de la civilización occidental son los mejores (cosa que comparto pero que no es universal ni mucho menos) no se pueden hacer esos juicios retrospectivos. La esclavitud ha sido compa-

tible con el humanismo y el cristianismo, como se puede ver recordando las polémicas en torno a los indios americanos que tuvieron lugar del siglo XVI al XIX en toda Europa, ya que basta redefinir los criterios con que reconocemos lo humano para justificar la esclavitud de los no-hombres o semi-hombres. Por lo tanto, no se puede alegremente dar por universales nuestras intuiciones morales que yo comparto pero que dudo que se puedan identificar con la racionalidad *tout-court*. El contenido universal sólo de forma incompleta anula la forma particular y la respuesta de Wieland es un argumento *ad hominem* que sólo puede ser asumido por uno como él, es decir, alguien perteneciente a la civilización occidental. Mi apelación tiene el simple objetivo de proponer un distanciamiento de todos los supuestos morales incluidos los propios y no tiene otro alcance crítico o polémico con dichas intuiciones morales que comparto.

En la citada respuesta se me acusa de deontologismo porque se piensa, de forma totalmente equivocada, que afirmar que hay que tener en cuenta el egoísmo humano es lo mismo que considerarlo irrebalsable y que además dicho egoísmo sea evaluado positivamente. Nada más lejano del espíritu y de la letra de mis posiciones. Mi espinosismo me lleva a dejar el deontologismo y la moralina a los éticos, me limito a observar lo que pasa, analizar sus posibles desarrollos y hacer lo posible por desplegar la realidad por el lado que estimo menos malo para conservar y aumentar mi *conatus* y el de aquellos cuyos intereses asumo como propios y por lo tanto los hago míos, que eso es un egoísmo racional o altruismo condicional: no renegar de mis intereses por los intereses ajenos sino asumir algunos de éstos como propios. Sólo el masoquismo inherente a las posiciones moralistas (siempre de origen y carácter cristiano, más o menos travestidas) consi-

dera que hay *siempre* un abismo infranqueable entre mis intereses y los de la humanidad en su conjunto, ya que el interés no tiene por qué ser «individual por definición» como asumen los autores.

Respecto al paralelismo entre el moralista y el ingeniero es fácil comprender que es una falacia. El ingeniero *construye* un modelo idealizado de la realidad mediante el que capta sus rasgos esenciales actuales, mientras que el moralista *inventa* un modelo de conducta que sólo tiene realidad en sus deseos e intenta ajustar la realidad al modelo. Actitudes completamente opuestas, pues: la adaptación a la realidad para su transformación frente a la huida de la realidad para construir mundos ilusorios que chocan una y otra vez con dicha realidad en la que son incapaces de incidir por su exterioridad radical. La creencia en la posibilidad de la maduración, no sólo moral sino especialmente política, de la humanidad va ligada precisamente no al establecimiento de modelos utópicos ideales inalcanzables por definición sino, más bien, al esfuerzo por desarrollar los gérmenes *ya existentes* en la realidad en la dirección que consideremos apropiada.

No hay ninguna apuesta normativa, en el sentido de contrafáctica, en mi razonamiento por la libertad individual, aunque no veo (como tampoco veía Marx, por cierto) cómo se puede construir una sociedad justa sin el máximo despliegue de dicha libertad individual. Tampoco afirmo nunca que la razón estratégica produzca resultados necesarios, antes al contrario, nunca nada está decidido porque el azar es elemento esencial de la acción social, y mucho menos deseables. No hay ninguna resignación ni siquiera lúcida ante las «conductas irresponsablemente egoístas de los agentes sociales». Lo único que afirmo es que no es aceptable la división maniquea entre razón instrumental y razón comunicativa, por un lado, y, por otro, que

antes de postular una pretendida razón comunicativa que no se sabe muy bien en qué consiste intentemos desarrollar al máximo las potencialidades aún no desplegadas de la razón estratégica; éste es un principio de economía de pensamiento y de parsimonia metodológica que conviene respetar: no buscar otro principio de explicación antes de haber agotado las posibilidades de los que ya se tienen. La razón comunicativa no es una alternativa a la razón estratégica sino que, al contrario, es la razón estratégica la que proporciona las condiciones institucionales en que la razón comunicativa puede surgir, siempre de forma muy imperfecta porque es imposible en la realidad establecer las exigencias de simetría total, renuncia a la retórica y al poder, etc., que dicha razón comunicativa exige para poder desplegarse.

Los normativistas deberían aceptar que no todo el mundo lo es (de la misma manera que los testas deberían aceptar que no todos los individuos lo son). No toda crítica a un normativismo inconsciente de sus límites viene de un normativismo de signo contrario. Por otra parte, me sigue pareciendo que los ideales de transparencia y familiaridad presentes en el título de la obra comentada son descriptivamente irrealizables y normativamente indeseables. Postular una sociedad completamente transparente sin asumir a la vez el carácter angélico de los seres humanos convertiría a ésta en invisible, y, por otra parte, el modelo familiar ni es el único ni es el mejor para la convivencia, puede ser asfixiante y, extendido a nivel social, inaguantable. Por lo anterior me reafirmo en preferir la plaza pública a la familia y lo traslúcido a lo completamente transparente como modelos normativos.

Por último, no alcanzo a comprender la malévola indicación de la conclusión, debe ser sólo asequible a los altruistas incondicionales.